

EL CRÍTICO INTERNACIONAL: Baldomero Sanín Cano, el ensayo y la crítica de la cultura

Hernando Urriago Benítez

Profesor de la Escuela de Estudios Literarios
de la Universidad del Valle.
herubenit@hotmail.com

Resumen

Baldomero Sanín Cano representa para la historia literaria de Colombia la figura paradigmática del género ensayístico. Uno de los aspectos transversales de su obra —gran parte de ella compilada en el volumen *Escritos*, de 1977, que aquí examinamos— es la problematización axiológica que hizo de la cultura de su tiempo a través de la crítica literaria entendida también como crítica de la cultura. Sanín Cano pudo vivir la tensión entre su discurso ensayístico y el contexto de producción de éste gracias a su talante deconstrutor, de evidente cuño modernista, que se inscribe en la tradición fundada por José Martí y Rubén Darío, entre otros. Es claro que a partir de su fecundo diálogo con España y Europa, Sanín Cano actualiza la tradición crítica en Colombia e impone rutas a seguir más allá del sectarismo y la intolerancia.

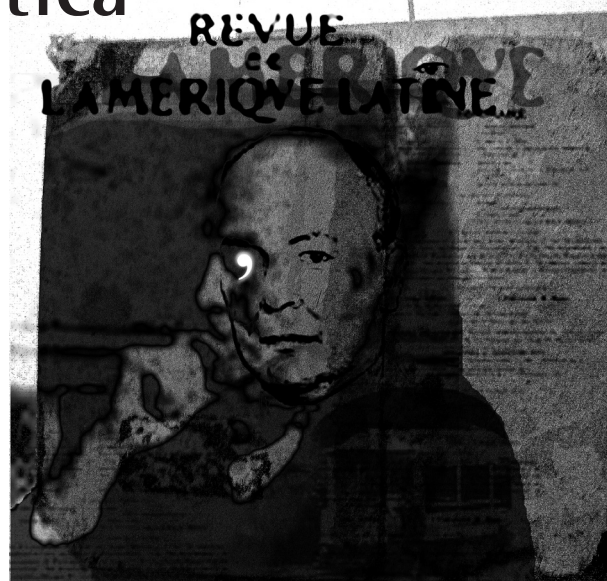
Palabras claves

Ensayo, Teoría del ensayo, Discurso axiológico, Crítica cultural, Crítica literaria, Literatura colombiana.

Abstract

Baldomero Sanín Cano represents the paradigmatic figure of the essayistic kind for the literary history of Colombia. One of the collateral aspects of his work —big part of it is compiled in the volume *Escritos*, of 1977, that we check here— is the axiological problematical that he makes of the culture of his epoch between literary critics understood as a culture critic. Sanín Cano could live the tension between his essayistic speech and the context of production of it, because his de-constructive disposition,

Ilustración: Andrés Reina



of evident mold modernist, that inscribes in the tradition cased by José Martí and Rubén Darío, between others. It's clear since his productive dialogue with Spain and Europe, Sanín Cano brings up to day the critic tradition in Colombia and impose routes to follow farther on of sectarianism and intolerance.

Key words

Essay, Theory of the essay, Speech axiology, Critic cultural, Critic literary, Colombian literature.

La interpretación del discurso ensayístico de Baldomero Sanín Cano (1861-1957)¹ con base en la teoría del ensayo, permite mostrar hoy, a cincuenta años de la desaparición del primer ensayista moderno en Colombia, los tipos y los temas de su discurso, así como detenemos —al menos parcialmente— en el carácter interpretativo de dicha producción intelectual.

De cierta manera, es mediante su ejercicio ensayístico que el autor antioqueño reinventa el género

en nuestro país, auscultando nuevos sentidos alrededor de temas y problemas como la lectura, la literatura y la crítica literaria; la civilización occidental, el progreso y el humanismo; la nacionalidad, el hispanismo y el universalismo crítico. Pero nos interesa más el hecho de que Sanín Cano actuó como un **crítico internacional** que alternó entre la preocupación por el devenir nacional y la atención a los grandes asuntos de la cultura hispanoamericana. Habló de Colombia como “una república fósil”; revisó la falsa noción de literatura nacional; se pronunció enfáticamente sobre el problema de la tradición hispánica, y enarboló una defensa del libreamericanismo. Por ello decimos, finalizando el cuarto capítulo, que su discurso ensayístico fundó un universalismo crítico sustentado en la deconstrucción axiológica de la cultura² y también en las características que otorgan especificidad literaria al género.

La crítica literaria y la problematización axiológica de la cultura

Una de las problematizaciones axiológicas de la cultura planteada por el discurso ensayístico de Sanín Cano tiene asiento en la condición de intelectual modernista de nuestro pensador literario. Decimos “modernista” como adjetivo aplicable sólo a su condición de crítico que expresa juicios sobre arte, literatura y vida cotidiana en un primer contexto que es el del Modernismo hispanoamericano, entre 1890 y 1926. Pero aquel adjetivo es inútil si pensamos aplicarlo a su condición de ensayista, pues así como nadie dice de Montaigne que fue un “ensayista renacentista” ni que Bacon fue un “ensayista empirista” o que Ortega y Gasset fue un “ensayista naturalista” --por aquello de que fraguara sus textos en el contexto del naturalismo español de Galdós y Pardo Bazán--, tampoco diremos que Sanín Cano fue un “ensayista modernista”, aun si fue el Modernismo el movimiento, la tendencia, el espíritu de época o el discurso literario que motivó esa mirada crítica que luego sintetizó en su discurso ensayístico. Detrás de esto hay una certeza: el ensayista es universal, pues en su diálogo le habla a los lectores de todos los tiempos acerca de temas en su mayoría intemporales.

A finales del siglo XIX y en las postrimerías del siglo XX se produjo una configuración del discurso literario caracterizado por el rechazo a la visión de mundo burguesa y por el consecuente repliegue del escritor en su “Torre de marfil”, metáfora sustentada en la concepción

europea del “Arte por el Arte” contra el arte al servicio de la sociedad y la política. El auge del capitalismo y el fortalecimiento de aquella burguesía hicieron que en un principio el escritor modernista personalizara el arte “al extremo”, como dice Saúl Yurkievich: “Libertino y libertario, aristocrático y acrático, el artista o el escritor, recluso en su interior, realzando su singularidad, recalcando lo excepcional, se convierte en individuo absoluto” (Yurkievich, 1996: 18). Esta individualidad genera excéntricas y extravagancias cercanas al dandismo y a la bohemia, actitudes exigidas por la condición de **outsider** que en gran medida fue la toma de posición del escritor modernista frente al campo del poder.

Pero en un contexto donde ser moderno significaba Europa y Estados Unidos, industrialización, tecnología y masificación, es decir, fábricas, ferrocarriles, máquinas a vapor, telégrafos, periódicos, teléfonos, descubrimientos científicos y ciudades de gran movilidad social, el optimismo tecnológico y la fe en la utopía del progreso no se hicieron esperar. La mirada pasó del regionalismo al universalismo, en un momento en el que los pueblos continentales apenas iniciaban su consolidación como naciones. De ahí que Ángel Rama dijese que América Latina tuvo dos nacimientos en el siglo XIX: el del primer tercio (1800-1830), cuando inician y culminan los procesos de independencia, y el del último tercio (1870-1900), cuando “los ciudadanos de los nuevos países comenzaron a vislumbrar el fin de sus vicisitudes y a percibir lo que llamaron el orden y el progreso, que venía acompañado de su inserción dependiente en la economía mundial” (Rama, 1985: 82).

El escritor modernista vivió esta vorágine cultural animada por la industrialización, que impuso un ritmo vertiginoso en cada uno de los quehaceres de la vida. Pero todo fue violento en América Latina: el flujo informativo, la expansión de las ciudades, la diversidad de clases sociales, la manía importadora de la burguesía --que constituyó, a razón de Claudio Véliz, una pausa liberal latinoamericana (Rotker, 1992: 31)-- y el espíritu de imitación de lo europeo. Todo parecía, igualmente, ser aliado de la nueva vida cultural e intelectual de aquellas ciudades que como Ciudad de México, La Habana, San Juan y Buenos Aires se contagiaron del espíritu de Modernidad, que en la mayoría de los escritores modernistas fue sinónimo de “malestar” (Ibíd., 32).

Y es que el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, la tradición y la innovación, lo conservador y lo liberal, lo regionalista y lo cosmopolita, las formas clásicas del arte y la industrialización de la cultura como discursos heterogéneos, hizo, además, que el escritor modernista sospechase cierta insularidad en medio de las masas urbanas y la burguesía sedienta de gran capital. “Se trataba de la élite intelectual, élite que se experimentaba marginada, desclasada dentro del reajuste de las relaciones sociales” (Ibíd., 36).

El hecho de haber padecido dos nacimientos en el siglo XIX generó en América Latina aquel “malestar”, pues ¿cómo evitar el traumatismo que implica nacer, buscar la identidad nacional (el regionalismo) y tener que morir un poco para volver a nacer hacia fuera (el cosmopolitismo), sabiendo que de todas maneras, en la intimidad de los pueblos, quedaba por resolver el asunto de la identidad, que había sido un problema resuelto por Europa en el Renacimiento?

Por eso, la Modernidad que dio definición y nombre a los escritores modernistas fue “un enfrentamiento entre racionalización y subjetivismo, entre técnica y emoción, entre el mito y la invasora cotidianidad, entre el desencanto y la fe en el porvenir; es un deseo de conciliar las contradicciones y fragmentos de la realidad, un deseo de novedad y ruptura incesante y cosmopolita” (Ibíd., 39).

En este sentido, los modernistas estuvieron entre el romanticismo y la Modernidad, invocando las propuestas estéticas y críticas de Gautier, Victor Hugo, Óscar Wilde, Huysmans, Poe, Baudelaire y Taine —en el caso de Sanín Cano—, en medio de la era tecnológica y del declive del romanticismo y del positivismo en Europa: “Se convirtieron en una suerte de caja de resonancia donde cabía toda la cultura occidental, mezclándose con una búsqueda de lo propio, de lo nuevo y a la vez de lo más verdadero de la tradición” (Ibíd.).

En el escritor hablaron la fe y la razón, la conservación y el progreso, la cultura y su vulgarización, el hombre nuevo del Modernismo fue esa especie de anfibio que vislumbró Hegel en su *Estética*: “Un anfibio que debía deambular entre las contradicciones, tras la armonía destrozada” (Ibíd., 41), vista desde el subjetivismo en diálogo irremediable con el entorno, la realidad extrasemiótica o la comunidad total de sentido. Y como

anfibio, ser fronterizo, mestizo, analógico por excelencia.

Estas y otras contradicciones dieron pie al **período de modernización** (Rama) de la literatura, el arte y la vida social en América Latina entre 1870 y 1910. ¿Qué características lo definen? La conquista de la especialización literaria, antesala de la profesionalización artística y escritural; la aparición de un público culto formado por la creciente escolaridad y la expansión urbana; las influencias extranjeras, europeas y norteamericanas, que sirvieron de modelo y de estímulo para un diálogo con el mercado del arte y la literatura internacionales; la distancia artística autónoma de la estética latinoamericana respecto a los “progenitores históricos” —España y Portugal—, “la que condujo sin embargo, como ya observara De Onís, a una revitalizada tradición hispánica”; la democratización de las formas artísticas desde la manifestación lingüística del español hablado en América y la invención de formas modernizadas; y un reconocimiento, mejor informado y más real que antes, de la singularidad americana, de sus problemas y conflictos, de las plurales áreas culturales del continente, dentro de problemas y conflictos, de las plurales áreas culturales del continente, dentro de una percepción más ética que sociológica que siguió los lineamientos de la filosofía de entonces, el positivismo (Spencer o Comte) al pragmatismo y el bergsonismo (Rama, 82-83).

Dentro de aquel talante profesionalizador está el periodismo que, según anotábamos con Henríquez Ureña (1994), sirvió de abrevadero para el escritor modernista, al tiempo que funcionó como enlace con el nuevo público, ávido de leer las novedades editoriales que por entonces empezaban a circular desde México y Buenos Aires para América Latina. En la “prensa culta”, representada por *El Imparcial* de México, *La Habana Elegante* de Cuba y *La Nación* de Buenos Aires —periódico liberal fundado en 1870 por la familia Mitre en el que colaboraron, entre otros, Martí y Darío, y del que Sanín Cano fue corresponsal en Londres desde 1918—, así como en algunos periódicos emergentes, los escritores “hicieron el aprendizaje de las demandas del público, ya espontáneamente ya obligados por los directores, adquiriendo un entrenamiento profesional que sus antecesores desconocieron e hicieron la primera adecuación sistemática conocida en América del escritor y sus lectores permanentes, la que no siempre fue aceptada sin protestas” (Ibíd., 84). Los escritores y sus

lectores miraban así más allá de América y degustaban de las obras y del **sensorim** cosmopolita de entonces.

De igual manera, la conexión entre esta voluntad periodística-literaria y la voluntad lingüística renovadora de la lengua literaria en relación con el habla urbana, produjo una "mutua permeabilidad" y una diseminación de las fronteras entre los géneros literarios, lo cual hizo que se hablara de crónica literaria y que el discurso ensayístico tuviese su gran punto de ebullición en las notas o reseñas críticas, en los comentarios literarios y en los ensayos de interpretación de la realidad americana y mundial.

Sanín Cano en contexto

La visión que tiene Sanín Cano en relación con la problemática de la nacionalidad colombiana, del hispanismo y de la universalidad, tomó forma durante esta época. Necesitábamos hacer un llamado al contexto para entender la intencionalidad de su discurso ensayístico y su propia intencionalidad como sujeto cultural ligado a dichas contradicciones.

A riesgo de caer en el reduccionismo de la periodización historiográfica, diremos que Sanín Cano se ubica como ensayista en la transición entre la segunda y la tercera etapa de la vida del género en Hispanoamérica: primero, la que va de 1880 a 1920, y, segundo, la que inicia en éste año y culmina, tal vez, con los trabajos de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950) y del argentino H. A. Murena, *El pecado original de América* (1954). Peter Earle ha llamado a la primera, etapa "simbolista" y a la segunda, etapa de "vanguardia". Creemos que la división es arbitraria pero vamos a asumirla de manera transitoria para ubicar a Sanín Cano dentro de aquel período y descubrir su intemporalidad.

En síntesis, mientras que en su etapa simbolista el ensayo se mueve entre la defensa de la Poesía, la historia y el significado del Nuevo Mundo y la adhesión-reacción al positivismo, en su etapa de vanguardia será ejercicio de "epistemología", de escepticismo, de ironía y de paradojas, herencias literarias provenientes de la heterogeneidad del Modernismo:

La riqueza del Modernismo es evidente en su calidad de transición: asimila las fuerzas naturales del Romanticismo y la luminosidad y la pulcritud sincrética del Simbolismo; y la confrontación entre la idealidad estética de Darío, Rodó y Díaz Rodríguez y el mundo cotidiano conduce a la visión

irónica no sólo de la Vanguardia de los años veinte, sino del ensayo en nuestro siglo (Earle, 1982: 47-48).

La epistemología como rasgo dominante del ensayo en esta segunda etapa, se une a uno de los tres motivos del supuesto "ensayo modernista": **La misión cultural** o el ideal histórico (Ibíd., 50). En este sentido habría que hablar de la "tarea ideológica" del género frente a la historia hispanoamericana: América Latina como un continente por hacer en medio de un mundo que estaba por comprender, por actualizar, y a la espera de su puesta en circulación por los países de "Nuestra América". También se dice que con el advenimiento de la Modernidad, en los años veinte, el ensayista asume el "relativismo pesimista" propio de los nuevos escritores (Ibíd., 58).

El crítico internacional

Baldomero Sanín Cano llega de Medellín a Bogotá en 1885, conoce seis meses después a Silva, e ingresa al universo de los diarios capitalinos que en mucho sentido tenían gran desventaja respecto a los periódicos continentales que acogieron a los modernistas. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió en la mayoría de las naciones latinoamericanas, en Colombia la prensa cumplió un papel más bien marginal en la transformación de la relación entre el periodismo escrito y sus lectores.

En realidad, si repasamos la historia del periodismo en América Latina durante el período indicado, sabremos que ni *La Consigna* ni *El Espectador*, de Fidel Cano, ni *El Mercurio*, de Enrique Olaya Herrera, figuran como medios disponibles para los modernistas en su tránsito hacia la divulgación y la crítica de la cultura³. Pero basta con recordar las referencias del mismo Sanín Cano para entender cómo en una cultura y en una sociedad hipervigiladas por el moralismo y el dogma católico, el disenso a través de la prensa era casi imposible.

Pero desde sus orígenes, el discurso ensayístico de Sanín Cano tendrá la misión de divulgar el estado de la cultura, de la literatura y de fragmentos de la realidad social y política de su tiempo en periódicos y revistas de Colombia, de Hispanoamérica y de Europa. En 1903, para hablar del caso colombiano, lo vemos publicando en *El Relator* su nota sobre Hipólito Taine, y un año más tarde une sus esfuerzos junto a los de Max Grillo para crear la *Revista Contemporánea*. Aparte de esto ha estimulado el diálogo modernista entre Hispanoamérica

REVUE
RIQUE



REVUE
RIQUE

y España publicando en la *Revista nueva* de Madrid. Y también colabora en *La Nación*, el periódico de Núñez, en el que firma sus artículos desde la trinchera simbólica del seudónimo.

En un contexto dominado por el costumbrismo, por la tertulia de *El Mosaico* —que aun así fue importante dentro del campo cultural, intelectual y literario de nuestro siglo XIX— y por el tono monocorde de los versos de Pombo y de la prosa de Marroquín, la misión de Sanín Cano cobra un valor considerable, vista en su momento y en la actualidad. Al repasar su contexto comprendemos aún más por qué nuestro crítico encontró en Silva y luego en Valencia a los dos únicos interlocutores realmente válidos en medio de un ambiente sombrío y anacrónico.

Sí, con Silva y con Valencia, ambos modernistas y poetas de gran influjo en la historia de la poesía en Colombia a lo largo del siglo XX. Vale preguntar y responder con Rafael Maya: “¿En qué sentido, pues, se realizó el magisterio de Sanín Cano sobre el grupo modernista de Colombia” (Maya, 29). Hemos visto que dos de los puntos de diálogo fueron la crítica literaria de carácter periodístico y las traducciones de poetas y novelistas que apenas empezaban a publicar en Europa o ya eran clásicos pero desconocidos en Colombia y en gran parte de Hispanoamérica. Pero hasta ahora hemos aplazado el momento para decir que Sanín Cano, tras la lectura de sus poetas, novelistas y filósofos, configuró su dimensión literaria como un hombre de ideas que transformó y divulgó no sólo dentro del radio modernista sino también para todas las generaciones de escritores y lectores del siglo XX. Por eso en 1949, cuando publica el volumen *Ensayos*, Guillermo Valencia intentará hacer justicia respecto a las acusaciones de “misonéismo irreverente” y de ser un “aclimatador de novedades” que ha recibido Sanín Cano, para destacar la condición de **crítico internacional** de su amigo: “A diferencia de la mayor parte de nuestros críticos, que sólo por incidencia han espigado en mies extraña, nuestro máximo crítico ha sido durante medio siglo la antena receptora del pensamiento y el arte universales accesibles así a nosotros en profundidad y extensión y en la vasta complejidad de sus formas de aparente y recóndita finalidad” (Valencia, vii).

Pero no todo fue interés por la literatura en Sanín Cano. Otras de sus preocupaciones fueron, como para la mayoría de intelectuales de su tiempo, asuntos relacio-

nados con el nacionalismo, la nacionalidad o lo nacional, con el hispanismo o la tradición hispánica, y con el cosmopolitismo o la universalidad.

En muchos de sus ensayos, Sanín Cano deja entrever una preocupación por la condición nacional colombiana en forma de crítica a los procedimientos políticos y culturales que han imposibilitado la formación de una sociedad tolerante y “cultura”, en el sentido más clásico del término, pero también en su significación antropológica y sociológica.

Ya en “Bernard Shaw, o el sentido común”, al referirse a una de las obras del dramaturgo británico, *The Intelligent Woman's Guide to Socialism and Capitalism* o *Guía de la mujer inteligente en el capitalismo y en el socialismo*, destaca que dicho tratado de economía política emana de las necesidades creadas por el “hombre supercivilizado”, y luego, abriendo una útil digresión, dice que el socialismo es “una aspiración del corazón humano y una interpretación nueva de ciertos hechos económicos” (Sanín Cano, 1977: 238). Sanín Cano coincide de esta manera con muchos escritores de su tiempo, para quienes el socialismo como “idea foránea” representaba casi un camino imperativo para la creación de otra sociedad diferente a la que imponían el capitalismo y la pequeña burguesía.

La problematización o deconstrucción también tiene lugar en el espacio del pensamiento y de la crítica literaria. Al recuperar a Nietzsche, a Taine, a Brandes y a Fitzmaurice-Kelly, Sanín Cano renuncia con prudencia a la tradición hispanista representada en Valera y Menéndez y Pelayo, a quien vemos deconstruido como el mismo ensayista colombiano hizo en su momento con Rafael Núñez y con Miguel Antonio Caro desde las páginas de *La Sanción* y de la *Revista Contemporánea*. Así mismo, con su atención en Montaigne, Shakespeare, Dostoyevsky, Isherwood (considerado espúreo e ilegible por su homosexualidad), Shaw, O'Neill, Connolly, Huxley o Evelyn Waugh (quien en *Vuelta a Brideshead*, de 1945, despedía a la sociedad aristócrata inglesa decadente), entre otros, desplaza el influjo de la novelística de Galdós y Pardo Bazán, que hicieron las delicias de los autores de *El Mosaico* y de la Gruta Simbólica. Pero, aun así, Sanín Cano valoró en *Letras colombianas* y en otros textos, las ficciones de Isaacs, Díaz, Carrasquilla, José Manuel Rivas Groot, así como de otros escritores que luego la historia

y la crítica literarias en Colombia se encargarían de ocultar. Pasó lo mismo con los poetas Silva, Valencia, López, Barba Jacob y Eduardo Castillo, a quienes igualmente evaluó con prudencia, es decir, sin las pasiones propias del ninguneador o del envidioso profesional.

Hay que destacar igualmente la conciencia que Sanín Cano demuestra de su oficio ensayístico en tanto que crítico de la cultura. Cuando en "Ibsen, o el carácter" nos habla de una de las cualidades del dramaturgo británico, también nos refiere lo que piensa en relación con la especificidad del ensayista y su discurso:

La otra cualidad fundamental de su espíritu... es el valor de pensar por cuenta propia y de expresar su pensamiento con toda libertad, sin temor al desprestigio entre sus lectores (consideración que paraliza la voluntad y el entendimiento en muchas personas), ni a la agresiva necedad de los gobiernos (Ibíd., 235).

De ahí que en su problematización de la cultura, el ensayista haya depuesto el "temor" ancestral al disenso para proponer un nuevo sentido crítico acerca de los códigos y las realidades extrasemióticas heredadas durante toda la vida de la cultura moderna. En relación con su tradición literaria, Sanín Cano dialoga con el hispanismo defendido a ultranza por Valera y Menéndez y Pelayo —a quienes conoce bien—, superándolos desde los préstamos literarios que hace de críticos "exóticos" como Hipólito Taine, James Fitzmaurice-Kelly y George Brandes. En "De cómo se modifican las lenguas", contenido en *Divagaciones filológicas...*, a la vez que hace un balance del castellano hablado en América, critica la "pobreza vocabular" de los gramáticos y exalta la renovación de la literatura española en América ocurrida en el a finales del siglo XIX. Entonces, confirma lo que harto sabemos hoy, después de muchos estudios literarios: el castellano adquirió personalidad en nuestro continente gracias al impulso creativo de los poetas y prosistas del Modernismo, que innovaron su tradición desde la lectura de otras tradiciones, especialmente de la francesa fundada por Rimbaud, Baudelaire y Verleine. Así lo confirma Sanín Cano: "Los escritores empezaron a perderle el miedo al galicismo; se desentendieron **un tanto** del diccionario de la Real Academia y se **atreveron a usar palabras** tomadas del francés, del italiano y del inglés, y a conformándolas, no a la manera en que se usaban en otras lenguas, sino **adaptándolas a la índole**

de la nuestra" (Sanín Cano, 331) [Los subrayados son nuestros].

Conclusión

En 1930, Baldomero Sanín Cano dio a conocer en un corto ensayo-memoria el que podríamos denominar su Credo ensayístico, descifrado —a nuestro criterio— como un ejercicio personal muy a la manera del juicio y del tono que conserva otro ensayo fundamental para la tradición del género en la historia de la literatura: "De Demócrito y Heráclito", de Michel de Montaigne.

El ensayo de Sanín Cano se llama, sugestiva y subjetivamente, "Mi filosofía", y apareció, según nota de escoliasta, en *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, de Luis López de Mesa. Esta poética ensayística ocupa una página de *Escritos* (Ibíd., 695), pero la sustancialidad que tiene es tan honda que vale la pena citarla casi por entero.

En primer lugar, el ensayista confiesa su escepticismo: "Todas las filosofías me parecen plausibles del punto de vista de sus autores. Ninguna ha influido en mi espíritu con exclusión de otras". Recuerda haber dialogado con Renan, en quien encontró el sentido de la tolerancia; con Amiel, quien le explicó un poco aquello del objeto de la existencia; y con Nietzsche, por su educación de la voluntad. Aprendió, en general, a querer la belleza en el doble sentido ético y estético, es decir, holístico, y a reñir con la fealdad, que a su vez lucha y desvirtúa todo principio moral.

Enseguida refuerza su posición dialógica: "En ningún sistema filosófico he podido hallar satisfactoria explicación de dos enigmas torturantes que rodean la existencia: el absurdo de la muerte y el predominio de la injusticia en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo". Para él, la civilización occidental ha oscilado entre la renunciación y la voluntad de poder; hay que optar por una de estas dos paralelas.

Finalmente, asume la posición nietzscheana que habla del Superhombre. Pero no de un Superhombre envanecido con la voluntad de poder, sino como portador de "la suprema inteligencia". Para Sanín Cano, pues, hay que elegir ésta facultad que distingue a la condición humana, no de otras especies sino de ella misma después de haber vivido en las peores condiciones históricas, sociales y culturales. Desafortunadamente, la condición humana —parece decirnos— se resiste a aprender: la

Guerra Mundial ha debido ser una enseñanza, y resulta que hizo “más resistente la obcecación”.

Aunque no pretendemos elaborar una lectura de ensayística comparativa —que puede ser un reto en los estudios aplicados en el ensayo y la teoría del género—, sí queremos trazar una línea de continuidad entre el texto de Montaigne y el de Sanín Cano, sobre todo porque si revisamos el planteamiento, concluiremos que ambos escritos pertenecen a dos sujetos motivados por un pensamiento escéptico que reconoce en el juicio crítico un límite para el escepticismo. Además, sabremos que los dos ensayistas hablan desde condiciones históricas, sociales y culturales diferentes pero unidas por un lazo común: la circunstancia crítica del mundo. Al respecto sobra decir que Montaigne escribe en una época donde las verdades entregadas han perdido su valor, y en un tiempo en el que el hombre —con todos sus dramas y todas sus contradicciones— vuelve a ser el centro del mundo. Este fue el origen de la Modernidad. Cuando Sanín Cano escribe, la civilización occidental, trescientos cincuenta años después (1580-1930), ha logrado superar muchas de sus falencias, pero también ha terminado varada —en parte por culpa del abuso de la razón instrumental— en un lago estanco del que le será muy difícil salir, dada la obcecación de quienes se empeñan en ahogarla aun a costa de los intereses de la condición humana.

Es pertinente recordar que el ensayo como género nació en medio de unas condiciones que hicieron posible tanto su aparición como su constante imitación, lo que permite hablar de la tradición de Montaigne. El ensayo tiene, desde luego, algunas formas precursoras (el diálogo socrático y la carta abierta son dos de las más importantes), pero fue en el Renacimiento cuando encontró las condiciones antropológicas, culturales, sociales e ideológicas adecuadas para expresarse como género crítico en tiempos de crisis.

En este sentido, Baldomero Sanín Cano surgió en la historia intelectual de Colombia dentro de unas condiciones generales marcadas por regímenes políticos hegemónicos, guerras civiles interminables, contradicciones ideológicas de difícil superación, aislacionismos culturales y literarios, y por gobiernos que —según vimos en la última parte del segundo capítulo— determinaron casi por completo el decurso de las relaciones entre los intelectuales y el campo del poder. Tuvimos, en con-

secuencia, intelectuales partidarios que ejecutaron incluso ensayos —en su mayoría univocistas— e intelectuales y artistas disidentes que terminaron o muertos prematuramente (Luis Tejada, Ricardo Rendón), o silenciados o simplemente esgrimiendo un nuevo discurso radical (Vidales en *La obreríada* o Barba Jacob con su dura bohemia internacional). Y todo esto, amén de las intervenciones de la Iglesia a favor de la moralidad de la República, de la gramática en yunta con el poder, y de La Violencia como forma de anulación de la alteridad, todo, repetimos, durante casi ochenta años. De ahí el énfasis que hacemos en la reconstrucción axiológica de la cultura desde la crítica literaria contextualizada dentro de un entorno social, político y cultural.

Porque Sanín Cano fue testigo excepcional de su tiempo. Vivió el ambiente regeneracionista en Bogotá, donde conoció a intelectuales de avanzada como Antonio J. Restrepo y José Asunción Silva, a quien vio morir en 1896. Parece que desde siempre estuvo destinado a cumplir con su tarea hermenéutica en nuestro contexto, pues dialogó de tú a tú con la vanguardia cultural que apenas sí rozaba los cerros santafereños, y aprendió a traducir el mundo gracias a su “don de lenguas”. Hincó prudentemente su pica sobre los monolitos de entonces (Núñez, la hispanofilia, el provincianismo de espíritu, etcétera), viajó por Europa en busca de su expresión, y regresó a Hispanoamérica para enseñar a entender mejor el Modernismo.

Llevado por su avidez literaria conoció y dio a conocer a los poetas y narradores de su contemporaneidad, Huxley, Isherwood y Connolly, entre ellos; pero también supo apreciar a los críticos que como Taine, Firzmaurice-Kelly y Brandes (hoy olvidados) le enseñaron a cambiar de orientación crítica frente a la literatura y el mundo.

Sin embargo, miró también a Hispanoamérica y Colombia, situó a Darío, a Silva y a Valencia en su actitud analógica modernista; comentó críticamente a Cordovez Moure, a Eugenio Díaz, a Luis Carlos López, al “Indio” Uribe, a Tomás Carrasquilla y a Armando Solano; y se interesó por Azorín, Lugones y Mariátegui, sin despreciar ocasión para referirse a Montaigne, a Cervantes, a Shakespeare, a Ibsen y a Nietzsche. Todos le condujeron a la comprensión y a la explicación de la literatura, la crítica literaria y las condiciones histórico-sociales de su tiempo; y a la comprensión y la explicación de algo más hondo: la condición humana, el máximo botín de todo ensayista. ☛

Notas

¹ Baldomero Sanín Cano nació en Rionegro, Antioquia, el 27 de junio de 1861. Murió en Bogotá, el 12 de mayo de 1957, después de casi setenta años de pleno magisterio ensayístico. Es conocido como el primer ensayista en Colombia, a pesar de que la tradición del ensayo en el país arranca realmente en la Colonia. La obra de Sanín Cano, además de extensa, indaga, a través de una excelente "prosa en libertad", los problemas sociales, políticos, históricos y culturales de Colombia y del mundo vividos entre 1885 y 1955. Algunas de las respuestas aparecen en libros como *La civilización manual y otros ensayos* (1925), *Indagaciones e imágenes* (1926), *Ensayos* (1942), *De mi vida y otras vidas* (1949) y *El humanismo y el progreso del hombre* (1955). Desde luego que su radio de acción también abarcó el arte, la lengua y la literatura, de lo cual dio cuenta en *Crítica y arte* (1932), *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934) y *Letras colombianas* (1944).

Sanín Cano es asociado a la crítica literaria modernista que desde finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX colonizó en Hispanoamérica los periódicos a través de la crónica, el ensayo y el artículo literario, con el fin de divulgar las transformaciones literarias experimentadas en la modernización de las letras continentales. De esta manera, Sanín Cano fundó *La Sanción*, en 1888, periódico efímero desde el que examinó juiciosamente la poesía de Rafael Núñez; escribió en *El Telegrama* y en *El Relator*, y creó al lado de Max Grillo la *Revista Contemporánea*, en 1904. En 1909 viajó a Europa, desde donde colaboró en *La Nación* de Buenos Aires y en periódicos europeos. Regresó esporádicamente a Colombia, publicó algunos de sus libros en Bogotá y se hizo editorialista de *El Tiempo*, así como ensayista de la revista *Universidad* que dirigía Germán Arciniegas. Pasados los años fue Rector de la Universidad del Cauca y de la Universidad de América, hasta que murió en Bogotá víctima de un síncope. Parte de sus ensayos puede leerse en las antologías *Escritos* (1977) y *El oficio de lector* (1987), preparadas y prologadas por el poeta y ensayista Juan Gustavo Cobo Borda.

² Hemos construido el concepto de "problematización axiológica" con base en la propuesta teórica de José Luis Gómez-Martínez, en el sentido de que las reflexiones codificadas en el discurso ensayístico "se generan en la confrontación de dos sistemas, a la vez antagónicos y dependientes entre sí: el discurso axiológico del estar (valores que dominan y diferencian a la vez una época de otra), y el discurso axiológico del ser (la conciencia del autor de su historicidad, de estar viviendo ante un horizonte de posibilidades e imposibilidades que modelan su libertad" (Gómez-Martínez, 1992: 36). El ensayo surge de la dialéctica entre aquellos sistemas; por ello su discurso siempre es problematizador, "deconstruccionista".

³ A pesar de esta omisión, Santos Calderón dice, a propósito de los tiempos de la *Regeneración*: "En este mismo

período fueron suspendidos, además de *El Espectador*, más de una docena de periódicos liberales (*El Relator*, *El Demócrata*, *El Autonomista*, *El Debate*, *El Derecho*, entre otros) y fueron desterrados o encarcelados intelectuales y periodistas destacados como José María Vargas Vila, Rafael Uribe Uribe, los expresidentes Santos Acosta y Santiago Pérez, el <<Indio>> Uribe y el propio Fidel Cano" (Santos Calderón, 110-111). De ahí que *La Sanción*, periódico efímero fundado y dirigido por Sanín Cano en 1888, fuese tan significativo en el nombre y en la acción, dado que fue en sus páginas que el ensayista publicó la crítica a la poesía de Rafael Núñez, bajo seudónimo obviamente.



Bibliografía

EARLE, Peter G. "El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad". En *Revista Iberoamericana*, N°s 118-119 (46-57), 1982.

GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis. *Teoría del ensayo*. México: UNAM, 1992.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994 (2ª reimpresión).

JIMÉNEZ PANESSO, David. *Historia de la Crítica Literaria en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Colcultura, 1992.

MAYA, Rafael. *Baldomero Sanín Cano*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia, sin fecha.

POSADA FRANCO, Rafael. "El pensamiento de Baldomero Sanín Cano". En *Baldomero Sanín Cano y otros ensayos*. Palmira: Posada, 1958, 5-32 pp.

RAMA, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho, 1985.

ROTHER, Susana. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas, 1992.

SANÍN CANO, Baldomero. *Escritos* [Selección y prólogo: J. G. Cobo Borda]. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

VALENCIA, Guillermo. "Notículas". En SANÍN CANO, Baldomero. *Ensayos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942, xii-xiii pp.

YURKIEVICH, Saúl. *La moviediza modernidad*. Madrid: Taurus, 1996.

WEINBERG, Liliana. *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: UNAM-Fondo de Cultura Económica, 2001.